

¿De qué Psicoanálisis puede hablarse allí donde el totalitarismo insiste?

Adrián Liberman L.

Comienzo a escribir este texto en el primer día de 2018. Este año, Venezuela, país donde viví durante 43 años arriba a dos decenios en una deriva ominosa hacia un sistema de gobierno totalitario. Desde una democracia representativa, el país transita un rumbo cuyo punto final, en términos de pérdida de libertades y derechos, de pobreza generalizada y desaparición del pensamiento diverso aún no se avizora.

El abordaje que me propongo reclama la validez científica de entender transformaciones sociales y políticas con el ángulo de conveniencia del psicoanálisis, la ciencia de la subjetividad y el inconciente.

Considero que la pertinencia de esta mirada está suficientemente autorizada por la práctica de eso que se llama psicoanálisis aplicado. Pero que también reclama para sí el aserto de Lacan (1969) acerca de que “El inconciente es la política”. Mi particular interpretación de ello es que el inconciente surge en relación a Otros. Si bien puede ser entendido como una hipótesis de causación para el hacer y desear de un individuo, solo adquiere sentido dentro del marco de los vínculos con los demás, reales o fantaseados. De esta forma, el psicoanálisis, en tanto cura, es una relación social. Como lo es la política, si se entiende ésta como una forma sublimada de hacer pactos entre individuos que comparten un objeto común, generalmente un país.

Y de la misma manera que la técnica y el relato de las curas demuestra de forma frecuente cómo los pactos son frágiles y cambiantes, los sistemas políticos, sus instituciones y los acuerdos que implican también lo son.

Lo que me propongo es remarcar una vez más que los fenómenos sociales pueden ser entendidos con una mirada clínica, desde el psicoanálisis, sin pretender que una cosa pueda reducirse a la otra.

Una visión relativamente optimista, como la de Voltaire sostiene que los hombres tenderían a hacer pactos políticos en los que el respeto y los derechos fuesen una tendencia creciente.

Sin embargo, la historia de Venezuela, especialmente la reciente pone en tela de juicio tal perspectiva.

A pesar de los mitos populares con los que los venezolanos se narran a sí mismos, especialmente el que sostiene que hay una cualidad estructural que apunta hacia la democracia como forma de ordenarse, como dirección, los hechos demuestran otra cosa.

El siglo XX venezolano, por ejemplo, acumula más años transcurridos bajo regímenes de fuerza, conducidos por militares, que años con un sistema democrático liberal. Solo cuarenta de los cien años de la centuria pasada transcurrieron en democracia. Y desde 1998 hasta acá el totalitarismo insiste, con la fuerza de la compulsión a la repetición, refractaria al principio de realidad.

De ahí que la primera tarea de un psicoanalista deseoso de arrojar alguna luz sobre el tema sería plantearse si éste es un síntoma o estructura.

Es decir, plantearse si la repetición del fenómeno totalitario responde a una formación de compromiso entre pulsiones o hace referencia a un conjunto relativamente inmanente de funcionamiento, que sería una estructura.

Aunque ésto no es un ensayo histórico exhaustivo, algunos elementos destacan las marcas del autoritarismo en la conformación de la identidad nacional venezolana.

Elías Pino Iturrieta (2017) documenta el surgimiento del primer caudillo en el año 1567, menos de un siglo de haber comenzado el

proceso colonizador. La fecha es además particularmente significativa en tanto en ese mismo año tenía lugar un evento cívico de la magnitud que tiene la fundación de Caracas como capital del territorio. Al acto de asiento de un lugar que sirva de eje para el tejido nacional le corresponde otro acto insurreccional, entrópico, que delata las fuerzas disgregadoras y los intentos de la prevalencia de los deseos aunque sea de forma violenta.

El siglo XIX, una vez finalizada la gesta emancipadora, fue una sucesión de levantamientos militares, golpes de Estado y redacción de constituciones de todo tipo. Una sucesión de “condotieros” practicantes del abigeato y la exacción marcaron un aspecto relacional dañino hoy, la depredación, como forma de resolución de diferencias y conflictos. La civilidad, entendida como la conciencia adquirida del compromiso y ventajas de ocupar la polis por parte de los ciudadanos fue contradicha de manera insistente por militares de toda especie.

Repaso acá una lista incompleta de algunos de ellos: Páez, los Monagas, Castro, Lara, Gómez, Pérez Jiménez....

Sin caer en teorías como las sostenidas por Francisco Herrera Luque (1980) la comprensión de nosotros mismos necesita incluir el recurso a la autoridad y el mesianismo como forma recurrente de organización.

Y si el totalitarismo es síntoma?

Hecho este breve e incompleto repaso de algunos aspectos resalantes del pasado histórico venezolano, se hace imperioso preguntarse por el valor del totalitarismo como si de un síntoma psíquico se tratase. ¿A qué fuerzas pulsionales obedece, qué ansiedades yugula, qué transacciones propone?

En términos genéricos, esta forma de organización política tiende a estar encarnada en una persona, más que en una idea. A diferencia de la democracia liberal, los regímenes autoritarios se vinculan más

con individuos, o grupos de ellos, que con ideas independientes. El totalitarismo viene asociado con un “hombre fuerte”, una persona cuyas cualidades personales son alfa y omega de su legitimidad, de origen y ejercicio, para el poder.

De forma variable, se ajustan al padre de la horda primitiva que Freud (1921) describe.

A pesar de las tendencias sociales y políticas que intentaron hacer de Venezuela un entramado de instituciones democráticas, en tanto mayores libertades y derechos para todos, una buena parte de su población siempre se sintió marginada en diversos aspectos de los beneficios que la democracia prometía.

Es decir, el grueso de la población vivía en una condición de orfandad funcional frente a un Estado paternalista, inepto muchas veces para suministrar lo que ofrecía.

La frustración crónica, la sensación de resentimiento acumulado dió muchas veces paso a estallidos de violencia y funcionó como caldo de cultivo para el oportunismo de políticos y militares con pretensiones de serlo.

Ello se conjugaba con el mito de ser habitantes de un país rico, en virtud de una renta petrolera producto de estar sobre un mar infinito de hidrocarburos. Esta fantasía, la de la riqueza como hecho dado y derecho por nacimiento, junto a la disociación entre deseo y esfuerzo, solo magnificó las vivencias de frustración y abandono por parte de los adalides de un proyecto político democrático.

Obviamente, lo anterior es un resumen de un proceso histórico mucho más complejo. Tesis que pueden ayudar a entender la conformación de lo anterior pueden encontrarse parcialmente en Herrera Luque (1982), Carlos Rangel (1980) o Ana Teresa Torres (2009).

Es en este magma, en el que la inermidad e incertidumbre de la existencia son la constante, que surgen y arraigan los proyectos totalitarios.

Por razones de brevedad, solo centraré este aspecto de mi análisis en las características sustantivas de las últimas dos décadas del devenir venezolano y su tránsito a convertirse en una sociedad donde las libertades de todo tipo se encuentran en retirada.

Este trecho de la historia venezolana está signada por una mezcla de invocaciones a enemigos externos de toda índole, propio de la posición esquizo-paranoide junto a fenómenos inéditos en el ámbito comunicacional. Mucho del discurso imperante hoy en Venezuela, hecho de lecturas superficiales de todo tipo encarnó un mensaje que se hizo eco en estas masas huérfanas y resentidas que lo llevó al poder mediante el más democrático de los actos: el voto.

Entre otros aspectos sintomales, el discurso del llamado “socialismo del siglo XXI”, no solo prometía eliminar las ansiedades producto de la incertidumbre inherente a la vida, la castración, sino hacerse cargo de la penosa tarea de pensar el país por sí solo. Prometía, y probablemente creía, en todo un abanico de fantasías de vindicta que reclamaban lugar contra enemigos internos y externos, sino también en un destino glorioso, solo escatimado por estos mismos enemigos. Las contradicciones ideológicas, las inconsistencias de todo tipo y el abreviar de fuentes contrapuestas, su amalgama de dogmas del tipo “todo o nada” no fueron obstáculos para convertirse en política de Estado.

Los aspectos maníacos, semi delirantes, la insistencia de fantasías de ofensas y venganzas por concretar, junto a la convicción de ser rico por derecho hallaron eco, haciendo del síntoma en ese entonces un proyecto autoritario que amenaza volverse estructura. Pueden encontrarse en la historia venezolana, a personas de todo origen y trayecto que coinciden en la sensación de exclusión y de deseo de venganza contra una Madre Patria cruel que hallan punto de encuentro en las elecciones de 1998.

Y si es estructura?

La concepción psicoanalítica del inconciente sostiene que éste es por naturaleza sintomático. Es decir, un juego constante de fuerzas contrapuestas con equilibrios relativos y momentáneos que conocemos como síntomas. Pero también se sostiene que algunos de estos síntomas, en la medida que persisten en el tiempo, devienen en estructura. Esto es lo que permite hablar del “carácter” o más recientemente en estructuras.

La concepción estructural en el psicoanálisis tiene una arista ominosa, en cuanto a pensar aspectos del funcionamiento de la mente que son imposibles de cambiar. Y ello a pesar del reconocimiento de cierta tendencia entrópica dentro de toda organización psíquica.

Esto no está reñido con la concepción subversiva acerca de la ciencia psicoanalítica y sus practicantes como quienes sostienen que es posible introducir modificaciones permanentes en estas formas de entramado subjetivo. Pero sabemos las fuertes resistencias que tal empeño implica.

Intentando establecer un lazo de lo anterior con un proceso histórico y social como lo es la reiteración de los regímenes totalitarios, toca pensar si esto habrá que pensarlo como estructura. Reconozco dentro de mí una objeción, una resistencia interna a hacerlo. Habiendo sido educado dentro de valores liberales, encarar el totalitarismo no como algo momentáneo sino como una posibilidad permanente de organización entre ciudadanos despierta en mí el miedo a lo siniestro.

Pável Gómez (2017,) cita a Foa y Munk (2017) quienes demuestran que la democracia como valor va en retroceso en treinta países diferentes. Esto apunta a que, contrario a lo deseado, la realidad política de la humanidad puede apuntar más hacia la autoridad que hacia el debate ilustrado de las ideas.

Quizás en el contexto de una civilización cada vez más interconectada, con mayor acceso a la información, la ansiedad que

deviene de la incertidumbre produzcan un aumento en la necesidad de saber. Pero no la del saber relativo o pasible de crítica, sino la del que está congelado, que “garantiza” que el piso no será movido. Es el saber de las certezas inamovibles, garantizadas por un Amo al que se le supone no estar castrado por la duda. Aquí es donde la religión como la ideología encuentran punto de anudamiento con la perversión. Como también la ciencia devenida en ideología.

Ya en otro momento, planteé que el totalitarismo es un discurso perverso (Lieberman, 2007). Esto último está basado en el lugar común de los sistemas totalitarios que prometen detentar un único saber, el del caudillo o jefe, que desvanezca dudas, por ende cualquier fantasma de castración.

La estructura totalitaria requiere de enemigos y crisis permanentes. Es decir, necesita que las cosas vayan mal para perpetuarse. Mal en el sentido que pueda aplastar siempre la disidencia en nombre de un bien superior, y mal en cuanto a poder usar el hambre y la escasez (material e intelectual) como herramientas de control y dominación.

Aunque pueda parecer escandaloso a ojos de quien moraliza, la clínica psicoanalítica enseña a intentar comprender los sentidos y lugares que tienen las formas de estructurarse las mentes y eventualmente las sociedades.

Por ello sería necesario entender que el totalitarismo constituye un intento de solución a las incertidumbres vitales en sociedad, al trabajo de poner las ideas en posición de cuestionamiento, al desgaste que supone dar cabida a todas las voces en plano de igualdad.

Probablemente uno de los efectos más beneficiosos del psicoanálisis para con la humanidad fue contribuir a destronarla de aspiraciones altruistas como manifestación de una esencia divina. De Freud a nuestros días, los psicoanalistas hemos ayudado a vernos en nuestras miserias para poder darle un matiz real a nuestras grandezas.

Y en cuanto al tema del totalitarismo se refiere, propongo pensarlo como una manera de los pueblos de lidiar con asuntos vitales que

tiene un precio existencial alto. Pero que también indica que no hay un sólo rumbo inscrito en la manera de hacer acuerdos para compartir el espacio nacional en los pueblos.

Psicoanálisis y totalitarismo, dos viejos conocidos

“No vayáis, de que sirve hablar de psicoanálisis en un país donde todos tienen alguien conocido en la cárcel?” (Arminda Aberastury, c.p. Mannoni, 1980)

La cita que inicia este apartado corresponde a un llamado que hacía la prestigiosa psicoanalista Arminda Aberastury a sus colegas que viajaban a Brasil para tareas formativas, en la década de los 60's.

La historia del Psicoanálisis como ciencia y en su desarrollo institucional tiene muchos puntos de roce con el advenimiento de regímenes totalitarios en diversas latitudes del planeta.

El advenimiento del nacionalsocialismo en Alemania rápidamente tachó al psicoanálisis de “ciencia judía”. Exigió la expulsión de todos los psicoanalistas judíos y la *arianización* de la sociedad psicoanalítica alemana. Exigencia a la que Freud accedió. (Gay, 2004)

Probablemente de forma inadvertida se inauguró de esa forma el alienar las verdades científicas al contexto político imperante. Esto es muy pocas veces considerado por aquellos que censuran la militancia política de algunos analistas, o que consideran que la dimensión del poder y su uso se reduce a una dialéctica de ansiedades esquizo paranoides.

En el marco del estalinismo la suerte del psicoanálisis no fue mejor. Tampoco lo es en América Latina, escenario de toda suerte de regímenes de fuerza que van desde la izquierda marxista al fascismo militar de derecha.

El ejercicio del psicoanálisis siempre ha sido visto con sospecha por los dictadores en tanto es una búsqueda de la unicidad, de lo que hace a cada quien irrepetible, y por ende crítico de sí mismo y de los

demás. El psicoanálisis es iconoclasta en cuanto a promover una denuncia de las idealizaciones en tanto semblantes y la incomodidad necesaria de preguntarse acerca de lo que otros dan por sentado.

Mientras el totalitarismo ofrece relevar el pensar por sí mismos a los ciudadanos, el psicoanálisis se ubica (o debiera hacerlo) en la acera de enfrente.

No es que el psicoanálisis irrite a los dictadores porque éstos tienen serios argumentos científicos para ellos. Los tiranos “ilustrados” hace rato que no existen.

Lo cáustico del psicoanálisis es que convoca la libertad de pensamiento y palabra como motores necesarios para que los resortes de la cura se tensen y surtan efectos.

El conflicto inevitable estriba en cómo hacer esto en un marco en el que decir lo que se piensa, y pensar lo que se dice puede conducir a la cárcel o al exilio.

Mientras el psicoanálisis requiere de la circulación de las ideas y su interpretación, las dictaduras necesitan de un saber oracular, omnisciente expresados en las peroratas interminables del líder del régimen.

En tanto los dictadores pueden hablar durante horas pretendiendo saber de todo y de todos, el psicoanalista denuncia la palabra vacía para favorecer el advenimiento de una verdad.

Sin embargo, la experiencia nos ha mostrado cómo psicoanalistas e instituciones han lidiado con estos sistemas políticos. Acuciados por la necesidad de supervivencia, muchos “escogían” cuidadosamente a sus pacientes entre aquellos que no tuvieran compromiso político. O se establecieron compartimientos estancos entre el ámbito de lo público y lo privado. Algunos de estos artificios llevaban a “apartar” a quienes incomodaban el estatus quo, o fermentar escisiones que tuvieron como pivote la ideología como la de los grupos “Plataforma” y “Documento” (Langer, 1972).

La “solución” de escindir el ámbito ciudadano del profesional tuvo consecuencias. La práctica y la formación de analistas devino

en escolástica, en un hacer de cámara privada, sin vasos comunicantes con su contexto.

Y en Venezuela qué?

Si todo lo anterior ayudó a establecer que al psicoanálisis le va mal cuando una dictadura se instala, toca volverse hacia Venezuela y su actual situación.

La práctica y formación de psicoanalistas también se ha resentido de la deriva totalitaria venezolana.

Los psicoanalistas de todas las obediencias teóricas han experimentado el efecto masivo de la emigración de pacientes y colegas. Para 2017 casi la mitad del róster de las principales asociaciones de psicoanalistas había optado por establecerse en otros países. Las dificultades en el acceso a libros, revistas y fuentes de pensamiento analítico foráneo son crecientes. La asistencia de analistas venezolanos a congresos internacionales es prácticamente inexistente dado lo oneroso que se ha vuelto viajar.

La hiperinflación brutal que el país experimenta pone en entredicho el hacer del oficio analítico una fuente relativamente estable de sustento económico.

Como si fuera poco, la sanción de la ley contra “delitos de odio”, y la instalación de “laboratorios de paz” (eufemismo para hablar de re educación al estilo “Gulag”) se han constituido en severas amenazas para el ejercicio analítico.

Seguir hablando de Psicoanálisis allí?

Hacer inventario de las adversidades y los empobrecimientos derivados del totalitarismo en Venezuela no es completamente malo. Hay algunas consecuencias interesantes del proceso que vive el país en cuanto al psicoanálisis:

1. - La distinción entre lo público y lo privado, entre psicoanalistas, se ha redimensionado, es menos absoluta. Se ha vuelto cada vez más lícito pensar el Psicoanálisis en su incidencia dentro de lo que es común a todos. Ya el consultorio o los institutos no son búnkers a prueba de la dimensión social sino espacios interpenetrables.

2. - La idea de que el psicoanálisis y los psicoanalistas están llamados a demostrar un valor ciudadano, es decir a incidir pensando lo público circula con más facilidad y cala en miembros como en candidatos.

3. - La presencia de psicoanalistas en medios de comunicación masivos ha dejado de ser vista con recelo y ha pasado a sentirse como corolario ético del oficio.

4. - La inclusión de autores psicoanalíticos preocupados por la intersección entre lo social y lo clínico, más frecuente en los programas formativos de nuevos psicoanalistas, está dejando de ser algo marginal o mera curiosidad bibliográfica.

5. - El tiempo y esfuerzo a pensar temas técnicos acerca de cómo mantener las coordenadas distintivas de una cura analítica en este contexto ha aumentado. El tema acerca de cómo sostener la ética del psicoanálisis en circunstancias que obligan a modificar algunos términos del encuadre es objeto de reflexión y estudio.

6. - La cualidad “parroquial” de las formas en que los psicoanalistas se nuclean se ha vuelto menos preponderante en aras de encontrar formas de diálogo inter institucionales. Esto especialmente gatillado por las amenazas comunes como los “laboratorios de paz”. Las instituciones han depuesto actitudes claustrofóbicas en aras de hacer frente común a las amenazas del régimen (Comunicado público SPC, 2017)

7. - Hay más consenso en intentar difundir el uso reparador y puesto bajo el dominio del Eros del lenguaje para mayor cantidad de personas. La neutralidad dejó de ser fetiche, y la inermidad una alternativa.

A manera de conclusión

Todo lo escrito ha sido para demostrar la tesis esperanzadora que es posible hablar y practicar el psicoanálisis en un país atenazado por el totalitarismo. No ha sido neutro sino un intento de validar el ser psicoanalista como un agitador de conciencias.

Sin embargo, la primera vez que abordé este tema fue en 2007 (Liberman, 2007). ¿Hay alguien que pueda decirme por qué diez años después sigue vigente?

Miami, 2018.

Resumen: A partir de una mirada acerca de la deriva hacia el totalitarismo como sistema político en Venezuela, el autor comienza interrogándose acerca de las características psico sociales que definen un sistema así. Para efectos del ángulo de conveniencia del psicoanálisis, se interroga si esto corresponde a un síntoma, una transacción entre deseos con un saldo de angustia o si obedece a las cualidades de una estructura. Esta es entendida como un conjunto discursivo relativamente estable en el tiempo y refractario al cambio. Usando ejemplos de otros países, propone que la práctica del psicoanálisis solo es posible en el marco de un Estado de Derecho. Sin embargo, en países y momentos en los que el totalitarismo como sistema de gobierno insiste, se producen una serie de efectos en la práctica, formación y maneras de asociación de los psicoanalistas que considera dignas de destacarse. Para finalizar, el autor hace referencia a su abordaje anterior al tema y se interroga acerca del porqué de la vigencia del mismo.

Descriptores: Totalitarismo, Síntoma, Estructura.

Which Psychoanalysis could be talk about where the Totalitarism insists?

Summary: Starting of a retrospective look about the Venezuela's drift toward totalitarianism as political system, the author starts asking himself about the psychosocial characteristics, which define it. For the convenience angle of psychoanalysis he questions if authoritarianism it is a symptom or a structure. If it is a symptom it is a

trade between desires with anguish balance or a structure, a discursive conjunct relatively hard to change. By using others countries examples he proposes that psychoanalysis only can be practise in the framework of Democracy and Human Rights respect. However, in those countries were totalitarianism insists as a form of government there are some consequences in the practice, training and ways of association between analysts which are remarkable.

To finish, the author asks what happened, since he wrote about this topic on 2007 that makes it valid on 2018.

Descriptors: Totalitarianism, Symptom, Structure.

Adrián Liberman: (Montevideo, 1963) es licenciado en Psicología (Universidad Católica “Andrés Bello, 1991). Tiene post grado en Psicología Clínica (Hospital Militar “Dr.Carlos Arvelo). Hizo su formación como psicoanalista en el Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas (2003). Es Miembro Titular en Función Didáctica de dicho Instituto. Miembro de IPA y Fepal. Ha sido profesor de post grado en Psicología Clínica de la Universidad Central de Venezuela, y Universidad Católica “Andrés Bello”. Columnista de opinión de los diarios “El Nacional”, “Talcual” y “El Correo del Caroni”. Autor de numerosos artículos psicoanalíticos. Desde 2016 reside en Miami, EEUU.

Referencias

- Freud, Sigmund: *Psicología de las masas y análisis del Yo*. (1921), Amorrortu, Buenos Aires.
- Gay, Peter: *Freud: una vida de nuestro tiempo*. (2004) Norton, Nueva York
- Gómez, Pável: *La madre de todas las discusiones*. (2017) en www.prodavinci.com.
- Herrera Luque, Francisco: *Los viajeros de Indias*. (1982), Monte Avila, Caracas
- Lacan, Jacques: *Seminario 17*. (1969), Siglo XXI, Barcelona.
- Langer, Marie. (1972): *Declaración del grupo plataforma*, en www.marielanger.com.
- Liberman, Adrián: *El psicoanálisis y el totalitarismo*. (2007) T(r)ópicos, Caracas.
- Mannoni, Maud: *La teoría como ficción*. (1980), Crítica, Barcelona.
- Pino Iturrieta: *El primer caudillo*. (2017), en www.prodavinci.com.
- Rangel, Carlos: *Del buen salvaje al buen revolucionario*. (1980), FCE, México.

Sociedad Psicoanalítica de Caracas: Comunicado Público. (2017) en www.spdecaracas.com.ve.

Torres, Ana Teresa: *La herencia de la tribu*. (2009), Alfa, México.